

vina de las cuales somos personalmente responsables (Ezequiel 18:20).

El castigo infringido por nuestros pecados personales es la segunda muerte, la muerte espiritual: *“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”* (Apocalipsis 21:8). *“La paga del pecado es muerte”* (Romanos 6:23). Vea Santiago 1:15. El significado de la muerte, refiriéndonos a ese estanque de fuego, al tormento, es la separación eterna de Dios y de Cristo, la exclusión del lugar de felicidad llamado el cielo. Jesús dice a aquellos que persisten en sus pecados: *“Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir”* (Juan 8 :21). Lea 2ª de Tesalonicenses 1:7-9.

El tormento es muy real, no solamente un lugar imaginario, ficticio. Aquellos que mueren en sus pecados tendrán que soportar los dolores y la angustia tremenda de ese espantoso lugar. *“Allí será el lloro y el crujiir de dientes”* (Mateo 13:42). *“Y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos”* (Apocalipsis 20:10). Lea Mateo 23:23; 25:46; Marcos 9:43-48; Lucas 12:5; 13:25-28; 1ª de Corintios 6:9; Gálatas 5:21; Efesios 5:5; Hebreos 10:27-31; Apocalipsis 21:27; 22:14-15.

El tormento no fue preparado como morada eterna para los hombres sino

más bien para el diablo y sus ángeles. Sin embargo, cuando los hombres prefieren seguir al diablo practicando el pecado todas sus vidas, eligen al mismo tiempo la suerte final de Satanás. La voluntad de Dios no es que los hombres perezcan. Jesús dirá a los injustos: *“Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”* (Mateo 25:41). Si el deseo de Dios fuera ver condenarse a los hombres, podríamos concluir que el tormento como castigo a nuestros pecados es injusto. Pero no es la voluntad de Dios que los hombres perezcan (2ª de Pedro 3:9). Es más, podríamos pensar lógicamente que el tormento es un castigo injusto para el pecado si no hubiera forma de escaparse de él. Pero Dios en su insondable misericordia ha ofrecido a todos los hombres la posibilidad de escaparse de la culpabilidad y del poder del pecado, como veremos en la lección siguiente. Sin embargo, los hombres son libres y tienen el derecho de elegir el camino que lleva a la ruina o el que lleva a la vida. De esta forma Dios no obligará a nadie a abandonar el pecado para ir a Él. Lea Juan 5:40; Apocalipsis 22: 17.

¿ESTÁ USTED EN PECADO? ¿SIN CRISTO? Si lo está, ¿no ve los efectos y las terribles consecuencias de esta vida y no comprende usted cuánto necesita de la ayuda divina? En nuestro próximo estudio consideraremos la forma de escapar al pecado según las ricas provisiones ofrecidas por Dios en el Evangelio de Cristo.

# EL EVANGELIO DE CRISTO

(Curso bíblico por correspondencia)

## LECCIÓN 1

### LOS LIBROS DE LA BIBLIA

El Evangelio (que significa literalmente “buenas nuevas”) de Cristo, que es el tema general de esta serie de estudios, existe porque el hombre necesita de la salvación por medio de Jesucristo. Esta necesidad es debida al poder abominable y destructor del pecado y a su nefasta influencia en la vida de cada hombre. Pero antes de que el que está en pecado, viviendo sin Cristo, quiera buscar las maravillosas bendiciones que son ofrecidas por el Evangelio para su salvación, debe estar convencido de que es pecador y que sin la ayuda de la gracia de Dios está condenado a una existencia sin esperanza en esta tierra, así como a la perdición en la vida que viene.

En los Hechos de los Apóstoles, capítulo 2 (versículos 14-40), encontramos el informe de la predicación del primer sermón del Evangelio. En este sermón, el apóstol Pedro remarcó sin equívoco a sus oyentes el hecho simple de que eran pecadores y eran culpables sobre todo de haber crucificado a Jesús, crimen odioso (versículo 36). El versículo si-

guiente dice: *“Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?”* ¿Por qué le preguntaron a los apóstoles lo que tenían que hacer para obtener la salvación del Señor? Porque estaban convencidos de la existencia y la enormidad del pecado que había en ellos y se daban cuenta de que necesitaban ser liberados. De la misma forma los hombres hoy en día gritarían: *“¿Qué haremos?”* y buscarían la ayuda del Señor, desde el instante mismo en que se sintieran pecadores condenados para toda la eternidad.

Ahora examinemos seriamente y sin tomar partido de antemano la enseñanza fundamental de Dios respecto al tema del pecado.

#### 1. DEFINICIÓN DEL PECADO

*“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley”* (1ª de Juan 3:4). La explicación que este pasaje nos da sobre el pecado nos enseña que pecado es todo

aquello que en la vida de una persona es contrario a la justicia enseñada en la ley de Dios o en el Evangelio de Cristo —el Nuevo Testamento—. Lea también 1ª de Juan 5:17.

Se peca no solamente al cometer el mal abiertamente, sino también al dejar de hacer el bien (Santiago 4:17). Es más, el Nuevo Testamento habla no sólo de los actos exteriores del pecado, sino también de las intenciones, de las disposiciones y de los malos deseos (Mateo 5:21, 22, 27, 28; Marcos 7:21; 1ª de Juan 3:15). Lea cuidadosamente los siguientes pasajes del Nuevo Testamento que, entre otros, hacen mención de algunos pecados particulares tales como la impiedad, la mentira, el robo, el asesinato, los celos, el odio, la codicia, etc.: Mateo 15:19; 1ª de Corintios 6:9-10; Gálatas 5:19-21; Efesios 4:25-31; 5:3-5; 2ª de Timoteo 3:24; 1ª de Juan 3:15.

## 2. LA UNIVERSALIDAD DEL PECADO

El pecado ha alcanzado el corazón de todas las almas responsables que han existido, excepto el del Hijo de Dios. Nadie puede decir que no es culpable ante el tribunal de Dios. *“Pues hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aún uno... Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”* (Romanos 3:9, 10, 23). Lea también 1º de Reyes 8:46; Isaías 53:6; Salmo 130:3; Gálatas 3:22.

Aquellos que quieren librarse de la salvación, basándose en una moralidad

o bondad personales se equivocan gravemente. Que sus pecados sean pequeños o grandes, numerosos o poco numerosos, son todos igualmente culpables por haber transgredido la ley divina; por eso deben darse cuenta de que son pecadores condenados antes de poder tener acceso a la gracia y la misericordia de Dios. Subrayemos que toda persona responsable debe reconocer su culpabilidad, ya que el pecado, al no hacer aceptación de personas, ataca tanto al dirigente como al pueblo (Números 20:12) y al más humilde del campamento (Josué, cap. 7), y se apodera tanto del avaro traidor como del discípulo seguro (Juan 18:1-5, 15-27).

## 3. EL ORIGEN DEL PECADO

El autor del pecado es el diablo, o Satanás: *“Porque el diablo peca desde el principio”* (1ª de Juan 3:8). Lea Mateo 13:38-39; Juan 8:41-44; 1ª de Juan 3:10. El medio empleado por Satanás para arrastrar a los hombres al pecado es la tentación (Juan 13:2; Hechos 5:3; 1ª de Corintios 7:5; 1ª de Tesalonicenses 3:5). La tentación es una llamada a las inclinaciones naturales y carnales del hombre (1ª de Juan 2:16; Santiago 1:14); pero no es pecado el simple hecho de ser tentado. Vea Santiago 1:12. Nuestro Señor *“fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”* (Hebreos 4:15). Lea Mateo 4:1-11. Se peca cuando se cede o se sucumbe a la tentación (Santiago 1:14-15), entregando así el alma al diablo. Adán y Eva, los primeros seres humanos que pecaron, no

quebrantaron la ley de Dios al ser tentados por la serpiente, sino al sucumbir a esta tentación, al creer y obedecer a la serpiente, rebelándose así contra Dios (Génesis 3:1-7). Cuando los hombres ceden a la tentación dando fe y obedeciendo al diablo, quebrantan la ley de Dios y se hacen culpables de pecado.

## 4. EFECTOS Y CONSECUENCIAS DEL PECADO

Nadie puede dejar de ver la enormidad del pecado cuando considera seriamente las terribles consecuencias que origina. Como pruebas de los efectos destructores del pecado sobre los seres humanos no tenemos más que citar: los hogares disueltos; las cárceles; las vidas desgraciadas y frustradas; las drogas y el alcoholismo; el saqueo, las matanzas y las destrucciones debidas a las guerras; así como millares de otros daños y miserias en esta existencia terrestre.

Contemplemos la suerte desgraciada y miserable del pecador durante esta vida, si vive sin Cristo.

1. Está separado de Dios. Isaías 59:2.
2. Vive en tinieblas. Colosenses 1:13; 1ª de Pedro 2:9; 1ª Juan 2:11.
3. Es un hijo del diablo. Juan 8:44.
4. Está enfermo espiritualmente. Mateo 9:12.
5. Es un siervo —esclavo— del pecado. Romanos 6:16.
6. Está perdido. Lucas 19:10.
7. Está cargado de iniquidad. Mateo 11:28.

El efecto más horroroso y la consecuencia más horrible del pecado es la

muerte. En realidad, la Biblia habla de dos clases de muerte: la primera es corporal; la segunda, espiritual.

La muerte corporal o física es consecuencia del pecado de Adán y no es el resultado de nuestros pecados personales. Todos los hombres, independientemente de su estado espiritual, sufren las consecuencias del pecado adámico, es decir la muerte natural. Es más, la liberación de esta muerte no tiene nada que ver con el estado espiritual de los hombres, ya que, por la resurrección de Cristo, todos los hombres, pecadores y santos, resucitarán de entre los muertos. *“Porque por cuanto la muerte entró por un hombre —Adán—, también por un hombre —Cristo— la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren también en Cristo todos serán vivificados”* (1ª de Corintios 15:20-21). *“No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación”* (Juan 5:28-29).

La Biblia no enseña que los hombres deban pagar por el pecado de Adán sino únicamente por sus propios pecados (Romanos 14:12; 1ª de Corintios 5:10). Es verdad que la posibilidad de cometer pecado nos ha sido transmitida por Adán, a través de nuestros abuelos y padres, por nuestra naturaleza humana y carnal; por tanto Dios no nos considera responsables de nuestra naturaleza, sino sólo de las transgresiones de su ley di-